

Capítulo 47 - La Princesa y el Cielo - La Balada de un Dragón Semibenévolo

- Capítulo 47 - La Princesa y el Cielo - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Capítulo 47 - La Princesa y el Cielo - La Balada de un Dragón Semibenévolo

Antaria despertó con un suspiro. Su cama — o lo que se asemejaba a ello — comenzaba a ser cada vez más pequeña. A su regreso, los cachorros de lobo habían insistido en acurrucarse nuevamente a su lado durante la noche. No había problema, eran maravillosos para abrazar, pero también estaban mucho más grandes. Es decir... ahora podía montar en ellos como si fueran caballos. Y luego estaba Filch. El mapache había decidido claramente que la única manera de dormir era acurrucarse junto a ella también. Decía que era para protegerla en caso de que alguien intentara asesinarla mientras dormía. Ella podría haberle creído si no fuera porque dormía en una casa construida por una ninfa, con cachorros de lobo gigantes alrededor y, además, los monstruos que habían decidido que dormir junto a su casa era lo correcto porque ella era su líder. Sí. No le creía nada. A Filch le gustaban las caricias y que le rascasen la panza, y ella solía darle ambas en abundancia. Además, cada mañana, con mucho gusto preparaba algo también para él, así como para los cachorros. No podía negarse a esas caritas tan adorables. Pero, por más cómodos que se volvieran sus arreglos para dormir, levantarse cada mañana era casi una tarea ardua. Filch no era tan molesto. Como mapache, no pesaba mucho. El único problema era que generalmente pasaba al menos media hora aferrado a su espalda, como un mono que camina en la sombra. Sin embargo, los cachorros de lobo eran otra historia. —Vamos, —gruñó Antaria mientras intentaba sentarse—, a esto le llamas cada mañana. Levántate. El cachorro de lobo murmuró dormido, y Antaria gimió de frustración antes de usar su fuerza y levantarlo de su vientre, apartando también a los otros con cuidado. Gruñeron, pero rápidamente ocuparon el espacio que ella había dejado al salir con Filch aferrado a su espalda. Algunos de los monstruos que estaban fuera la saludaron al pasar, mientras se dirigía hacia el lugar donde le gustaba cocinar. Podría haberse pedido una estufa o una chimenea en su casa, pero se sentía un poco extraña pidiéndole a una ninfa que hiciera un espacio para una hoguera en una casa que, en esencia, aún estaba viva. En cambio, había encontrado un sitio agradable cerca de un pequeño riachuelo, donde podía cocinar en una fogata abierta. Acostumbrarse a cocinar sus propios alimentos había tomado su tiempo. Era princesa, pero había llegado a apreciarlo, aunque todavía admitía que sus habilidades estaban en desarrollo. Los cachorros de lobo no tenían quejas, pero no eran los mejores críticos de sabores, considerando que podían —y comerían— casi cualquier cosa, siempre que no fuera venenoso. Preparar su comida junto al río también le daba la oportunidad de echar un vistazo al pueblo y ver cómo iban las cosas. Con tanta gente nueva que habían recibido, era evidente que muchos estaban asentándose en sus nuevas vidas. Le sorprendieron las nuevas casas que les habían preparado al volver, pero Corundum explicó que no permitiría que nadie dijera que los habitantes de su territorio vivían en la miseria. Los reclutas estaban felices. En las ciudades, no era raro que personas sin mucho dinero vivieran en edificios abarrotados y en mal estado. ¿Una casa con agua

y saneamiento? Eso era un lujo — y todos los nuevos reclutas estaban encantados con ello. No había habido problemas entre los aldeanos y ellos, probablemente porque Corundum había dejado claro que, si surgía algún problema, él lo resolvería. De manera definitiva. Sin embargo, Antaria y los demás se aseguraron de evaluar el carácter de las personas antes de incorporarles. Como dijo Doomwing, la ignorancia puede corregirse, pero la estupidez es otra historia. Para ella, la estrategia de reclutamiento también debía considerar esa realidad. La ignorancia se puede arreglar, pero no se puede transformar en un imbécil. Compartió esa frase con Harald, quien se rió y comentó que él también había usado un criterio similar para seleccionar a sus reclutas. Una comunidad no son solo piezas en un tablero, sino personas. Sin importar sus habilidades, si no lograban convivir y cooperar, simplemente no funcionaría. Doomwing había afirmado algo parecido cuando ella le habló del tema. Incluso los dragones primordiales tenían sus conflictos. —No todos los de mi especie se llevan bien, —le había dicho Doomwing. —En las Catástrofes, a menudo debo considerar sus relaciones para decidir cómo distribuirlos. Disputas y peleas están bien, pero en momentos críticos, esas tontadas pueden costarnos la vida. Antaria trató de imaginar aquella escena —unos enormes reptiles de fuego discutiendo mientras intentan salvar el mundo— y, extrañamente, le resultó reconfortante. Es bueno saber que incluso los dragones no están exentos de las pequeñas peleas. Mientras preparaba su desayuno, recibió a su primer peticionario del día. Era algo normal en su posición. La gente acudía con sus problemas y ella decidía si atendía ella misma o delegaba. Por ahora, podía resolver la mayoría, pero el creciente número de habitantes pronto la obligaría a crear una jerarquía de oficiales. Afortunadamente, las enseñanzas en sueños de Corundum le estaban siendo de gran ayuda en ese aspecto. Al menos, ella había tenido muchas oportunidades para aprender qué no hacer si quería tener éxito. Su atención se dividió entre el peticionario y la comida que preparaba. No era nada complicado: pan, queso, leche y distintas carnes. La carne le entusiasmaba bastante; ayer se toparon con un escorpión gigante, lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de los monstruos y que ella tuviese que enfrentarse a él. Tras unos golpes con una roca, el escorpión quedó muerto. Pero, ¿qué hacer con él? Corundum sugirió usar el aguijón y otras partes del escorpión para hacer pociones que ayudaran a ciertos monstruos en su Ascensión. Sin embargo, su carne también podía consumirse. Antaria había dudado al respecto —era un escorpión, después de todo—, pero una pequeña prueba le confirmó que podía comerla. El joven agricultor que había acudido a ella terminó de hablar, y Antaria asintió. —Enviaré a unas molas gigantes a tus campos esta tarde. Ellas se encargarán del escorpión en poco tiempo. También sería buena idea que revisaran la zona por si hay otros problemas, y si necesitas que nivelan el terreno, que lo hagan antes de irse. El granjero agradeció con un gesto de cabeza. La piedra en cuestión era más bien una roca enorme, y partirla o moverla sería una tarea difícil para un humano común. Aunque los aldeanos estaban acercándose a la magia, el proceso aún era lento, y ninguno tenía su poder, por poderoso que fuera ella. A lo sumo, algunos podrían ser buenos cazadores o guerreros. La mol de tamaño gigante podría destrozar la roca en segundos y usar su magia para arreglar los problemas del terreno. No tardó mucho en estar listo su desayuno, y Filch, milagrosamente despierto, probó la carne de escorpión. Pronto fue acompañado por los cachorros de lobo, que salieron trotando de su casa con colas meneantes y ojos hambrientos. —Sí, sí. También hay para ustedes —les dijo acariciándolos con ternura en las orejas—. Me alegra mucho que ya hayan comenzado su Ascensión. Los cachorros de lobo estaban ahora en forma de lobos de viento, y dedicaban sus días a entrenar cómo aprovechar sus nuevas habilidades. Corrían mucho más rápido de lo que un lobo normal, y usaban magia del viento en forma de cebollas cortantes para potenciar sus dientes y garras. Su madre se había convertido en una loba del cielo, y le gustaba recorrer los cielos sobre los pueblos, buscando amenazas y ahuyentando posibles peligros. Según Corundum, si los cachorros no hubiesen empezado en un

camino definido, comer carne de un escorpión gigante poderoso los habría convertido en lobos tóxicos. Solo el nombre ya era bastante malo, y su descripción de cómo eran esos lobos solo aumentaba su alivio de que ya fueran lobos del viento. Los lobos tóxicos estaban hechos de toxinas: su pelaje, sus dientes, sus garras y hasta el aire que respiraban era venenoso. Por razones obvias, estos animales no eran bien vistos entre otros monstruos, y ella solo podía imaginar lo inconveniente que sería si los cachorros desarrollaran esa faceta. Ya no podrían acurrucarse, ni rondar por el pueblo, ni convivir con otros monstruos. Después del desayuno, tocaba entrenamiento. Al principio, la idea de comer antes del suplicio que Doomwing consideraba entrenamiento la horrorizaba. ¿Para qué comer si luego seguramente vomitaría? Pero una de las ventajas de su mayor poder era un sistema digestivo mucho más rápido y eficiente. Su estómago se calmaba pronto y producía menos desechos. Al principio le pareció extraño cuánto menos necesitaba ir al baño, pero se habituó. De hecho, le alegraba, porque así tenía más tiempo para otras cosas. Cuando llegó al campo de entrenamiento, una sombra inmensa se cernió sobre ella. Miró hacia arriba. —¿Alguna vez te han dicho lo aterrador que es que puedas... escabullirte pese a ser tan enorme? —Sonrió Doomwing. —Eso no es más que un simple hechizo de décimo nivel. —¿Décimo nivel? —resopló Antaria—. Creo que la mayoría de los magos humanos estaría dispuesta a vender a su hijo primero por aprender algo así. —Sería inútil. La mayoría de los magos humanos carecen del talento o la fuerza para lanzar un hechizo de ese nivel. Además, quien esté dispuesto a vender a su hijo por ese hechizo, no es de confianza para que se lo entregue. La sonrisa de Doomwing se ensanchó. —Es mejor usar esos hechizos cuando no quieres que te molesten, pero tampoco quieres que alguien verdaderamente peligroso se sorprenda. —Supongo que sorprender a otro dragón podría ser peligroso. —Para el paisaje, quizás, pero no para mí. —Doomwing asintió hacia Corundum. —Me informa que estás progresando bien. Tu dominio de los runas de flotación y deslizamiento mejora rápidamente, y has perfeccionado tus técnicas de combate. Además, has organizado aceptablemente a nuestras nuevas reclutas. —Son un buen grupo, nada demasiado problemático. Es más que nada ayudarlos a adaptarse y mostrarles cómo hacemos las cosas aquí. Se llevan bien con los aldeanos y cumplen con su parte. —Muy bien. ¿Qué hay de la facción de asesinos? —Antaria miró a Corundum. Ya le había explicado lo de Lira, pero quizás Doomwing quería que lo recordara. —Ya sabes que Lira está aquí entrenando con Corundum. —La doppelgänger soltó una carcajada. —Para una asesina, su sigilo es patético y su conocimiento de venenos, trampas y técnicas variadas es bastante limitado. En cuanto a su habilidad para caminar en la sombra, Filch ya es mejor que ella. Pero ella está decidida. —Si vamos a tener asesinos, que sean de calidad. —Antaria se rió. —Pero sí, ella y su clan están tomándose esto en serio. Cuando los derrotó a todos, deciden que la mejor forma de triunfar es unirse al equipo de Doomwing. —¿El equipo de Doomwing? —preguntó Doomwing. —Pues no puedo llamarlo equipo de Antaria, porque trabajo para ti, ¿verdad? Hay un dicho: navega la ola o que te pase por encima. Tú eres esa ola, y prefieren unirse a la parte que gana, sirviendo a esa fuerza y adquiriendo poder, en lugar de enemistarse con nosotros y terminar exterminados. —Hay quienes preferirían morir antes que rendirse, pero la tribu de Lira no es así. Sobreviven sabiendo cuándo deben someterse y cuándo arriesgarse. Con Doomwing aquí, ven la historia que se avecina. —Traje a algunos más también, principalmente para vigilar a las nuevas reclutas, para asegurarse de que nadie intente nada o cause problemas. También les pedí que se infiltraran en compañías mercantes y similares. Con cómo van las cosas, pronto habrá muchos comerciantes y personas buscando un nuevo comienzo. Tener ojos y oídos en esos círculos parece una buena idea. Doomwing asintió. —Me alegro de que tus enseñanzas hayan comenzado a dar frutos. —Y era difícil no aprender algo cuando te impartía clases un dragón que probablemente sabía más que la mayoría de las personas en todo lo que existía—. Entonces, ¿qué hacemos hoy? —preguntó Antaria. —Tu progreso en runas de

deslizamiento y flotación es aceptable. Pero en las de vuelo, no. No hay razón por la que ya no puedas lanzar al menos una runa básica de vuelo. —Se le dibujó una mueca. Su avance en el dominio del vuelo no había sido tan rápido como ella quería. Podía ver las runas, pero no lograba formarlas ella misma. No entendía la razón. Corundum sugirió que tal vez era un bloqueo mental, ya que sus habilidades eran más que suficientes para ello. —Podría estar yendo mejor. —Pues hoy, arreglaremos eso. —Doomwing se elevó en el aire, y Antaria contuvo un grito cuando su telequinesis la levantó y la llevó con él. Volaron hacia arriba, más y más, hasta dejar atrás incluso las nubes. Desde allí, era sencillo apreciar la curvatura del mundo, con vastos océanos, planicies, montañas y bosques. —Esto... —Antaria sonrió—, tiene una vista impresionante. —Es cierto —asintió Doomwing—, y solo la disfrutas por mi magia. A esa altura, el aire es sumamente delgado y frío. Con el tiempo, aprenderás a sustentarte solo con tu magia, pero hasta entonces, deberías evitar alturas como esa. —Lo tendré en cuenta. —¿Sustentarte solo con magia? ¿Eso te permitirá sumergirte sin ahogarte? Si fuera así, sería increíblemente útil. —¿Qué sigue? —Ahora aprenderás a volar. —¿Eh? —Los ojos de Antaria se abrieron de par en par, y empezó a caer de espaldas hacia el suelo. —¡Hey! ¡No puedes soltamee desde aquí arriba! —Doomwing ladeó la cabeza. —Puedo —y lo hice. Tu incapacidad para usar correctamente una runa de vuelo casi con certeza es un bloqueo mental. Dado que aprendes mejor bajo presión, soltarte del cielo me parece razonable. —¿Qué? Eso es... ¡ah! —Antaria se revolvió en el aire, lanzándose a desesperadas maniobras de control mientras Doomwing le daba un pequeño empujón telequinético para hacerla caer. Pero pronto una sonrisa se dibujó en sus labios. —Puedo usar una runa de flotación o deslizamiento para aterrizar de manera segura. No tengo que volar para llegar bien al suelo. —Concentró su energía y comenzó a formar una runa, solo para que esta se rompiera como cristal. La reacción mágica la hizo girar descontroladamente, y juró mientras su cuerpo se entumecía por un momento. —¿Qué fue eso? —preguntó Corundum, acercándose a ella. La doppelgänger había plegado sus alas para seguirle el ritmo. —No te dejaré usar ninguna runa ni magia para ralentizar tu caída, salvo las de vuelo. —... —Antaria extendió la mano para alcanzarlo, pero él se apartó con gracia. —¿Estás loca? ¡Moriré si me piso! —Eso es poco probable. Dada tu resistencia actual, casi con seguridad sobrevivirías al impacto, pues la resistencia del aire terminará evitando que sigas acelerando. —Hizo una pausa—, claro, el golpe en tierra sería muy dañino y doloroso. Pero, según tu trayectoria, no pegarás en nada importante. —¿Y yo? ¡Yo sí soy importante! ¡Y voy a estrellarme! —Si tienes tiempo para gritar, tienes tiempo para usar una runa de vuelo —dijo Corundum. —... —Antaria echó un vistazo: podía copiar esa runa y así volver a elevarse para patear a Doomwing... o quizás no, porque, por más que hubiera mejorado, probablemente solo acabaría con la pierna rota otra vez. Frunció el ceño, y la runa comenzó a formarse. Estaba casi lista, solo faltaban unos pocos detalles— ¡maldita sea! La runa se deshizo, y un súbito retroceso la hizo girar en el aire, con un dolor punzante. Haber cancelado una runa era una cosa, pero fallar en su formación sería más que doloroso, sobre todo por su inexperiencia. Quizá su aumento de poder influyera, poniendo más fuerza en las runas y elevando la reacción. Intentó una vez, luego otra, sin éxito. ¿Por qué no podía lograrlo? Toda su vida había soñado con ser libre, y ¿qué había más libre que volar? Pero ahora que estaba al alcance, no podía hacerlo. Debía haber algo que se le escapaba, algo que olvidaba... De repente, una ráfaga de viento y Doomwing descendió a su lado. El enorme dragón se movía con una gracia que envidiaría un gorrión. —Veo tu problema —comentó—. Es sencillo. —¿Qué es entonces? —preguntó Antaria—, porque lo intento con todo y no funciona. —Tu mente está llena. Llena de dudas. Llena de suposiciones. De cómo crees que funciona el mundo. —Los ojos de Doomwing brillaron—. Una runa puede cambiar la historia del mundo, pero debes creer que la historia puede cambiarse. Deslizarse en el aire es fácil. Cualquier persona puede hacerlo. He visto a humanos planearse tras coser mantas. Flotar... eso es un poco más difícil, pero no muy diferente,

especialmente cerca del suelo. Pero volar, eso sí es distinto. Es algo que casi todos los humanos desean. ¿Qué niño no ha mirado a un pájaro y deseado poder volar? ¿Qué niño no ha oído de dragones y soñado con dominar los cielos? —El dragón se acercó mucho, tanto que parecía que podía tocar su hocico—. Pero los humanos no pueden volar —y tú lo sabes, en lo profundo—. Sí, hay magia, pero no es lo mismo, ¿verdad? Ellos no pueden volar como los pájaros, ni como los dragones. —Hizo una pausa— y luego gruñó, con un tono que casi la hizo caer—. Y por eso tu runa fracasa. ¿Cómo puedes pedirle a una runa que cambie la historia del mundo si tú misma dudas de que eso sea posible? —¿Quieres que olvide que los humanos necesitan magia para volar? —preguntó Antaria. —Eso... todo el mundo sabe que los humanos necesitan magia para volar. ¿Cómo quieres que crea que puedo simplemente... volar como un pájaro? —Soy Doomwing, y soy un dragón. El cielo fue hecho para mí. Sin alas, podría volar. —Y, de repente, lo hizo: una runa de vuelo que le permitió surcar el cielo sin usar alas. —Eres humana, pero me sirves a mí. Y te digo que puedes volar. —Antaria lo miró incrédula—. No puedes solo decirme que vuele y que logre hacerlo. —¿Por qué no? —preguntó Doomwing—. Soy Doomwing. Nadie conoce la magia mejor que yo. Nadie conoce los cielos mejor que yo. Soy Doomwing, y te digo que puedes volar. Aunque dudes de ti misma, nunca dudes de mí, y te ordeno que vueles. —¡Gah! —Antaria siseó y apretó los puños—. ¡No es tan simple! —Comenzó a formar otra runa—. No puedes solo mandarme a volar y esperar que lo haga —¿eh?— la runa se fijó en su lugar. Su magia brilló con intensidad, y empezó a elevarse, moviéndose hacia Doomwing mientras el dragón se detenía en su descenso. La miró con la expresión más engreída que había visto en su vida, y, sin poder evitarlo, ella misma se lanzó a la ofensiva con una patada hacia su costado. —¡Agh! —gritó Antaria, agarrándose la pierna rota—. ¡¿Por qué no me detuviste de patearte?! —Me dio curiosidad ver si realmente eras lo suficientemente tonta como para hacer contacto. —rió Doomwing, y su autosuficiencia empezó a menguar lentamente—. Pero tenía razón. Estás volando, y solo tuve que ordenártelo. —... —El ojo de Antaria se le movió rápidamente—. Odio que tenga razón, pero entiendo por qué funcionó. La historia del mundo es algo complicado. Pedir que cambie para hacerla más fuerte no es tan raro. Solo estoy haciendo más de lo que ya puedo hacer. Incluso flotar y deslizarse no son tan difíciles. Pero, como señaló Doomwing, volar sí es diferente. Los humanos no pueden volar sin magia. Todos lo saben. Es un hecho que forma parte de la realidad. Pero para usar runas y volar, debes formarlas; y eso requiere que tu alma —y, en lo más profundo, tu relación con el concepto de volar—; esa parte de ti se resiste a aceptar que puedas lograrlo, no importa cuánto lo desees. Pero Doomwing era distinto. Por absurdo que pareciera, confiaba en él más que en nadie. No era que él pudiera mentir. Es que no se molestaba en mentir en algo así. Era un dragón primordial, uno de los seres más poderosos del mundo, y probablemente, el mejor usuario de magia en todo el mundo. ¿Por qué mentiría? Y así, cuando le dijo que podía hacerlo... aún con sus dudas, ella no dudaba en su análisis sobre magia. Y aquí estaba... volando... con una pierna rota. —¿Crees que puedas arreglar mi pierna? —preguntó Antaria en silencio, con la vista fija en el mundo de abajo. Antes había sido hermoso, pero ahora, volar por su propia cuenta... era otra cosa. —Sí. —La magia de Doomwing fluyó hacia ella—. Entre los dragones, pocas cosas son tan importantes como el primer vuelo de una cría. —Su voz se calmó—. Somos hijos del viento y la llama. Volar... surcar los cielos... es nuestro derecho de nacimiento... nuestro destino. Los cielos nos pertenecen. —Hizo una pausa—, y ahora... también te pertenecen a ti. Se dio la vuelta y comenzó a alejarse en vuelo. —Sígueme. Ahora que puedes volar, debes practicar. —¿Tienes algún plan? —preguntó Antaria, apresurándose a alcanzarlo—. Volar es... extraño... es como tener unos músculos extras que nunca notaste. Pero es increíble, quizás lo más asombroso que he experimentado. Me gustaría probar algunas piruetas, pero no estoy segura de si— —Si quieres probar cosas, adelante —dijo Doomwing—. Eres como una cría que vuela por primera vez. Es normal que cometan errores. Mejor

aquí donde tienes tiempo para recuperarte, que cerca del suelo, donde seguramente te estamparás. —¿Alguna vez Elerion voló? —preguntó Antaria. —¿Elerion? —Doomwing se rió—. No, no con su propio poder. Pero lo intentó muchas veces y falló — y eso fue divertido. —Me imaginaba que fallarías dos o tres veces —completó, con una sonrisa en sus ojos—. ¿En serio? —Antaria lo miró atónita—. ¿Quieres decir que quisiste decir que golpeó el suelo varias veces? ¿Y que probablemente te dejó que cayera dos o tres veces?— Sabía en el fondo que probablemente sí. —Pero fue bien que lograra hacerlo en su primer intento. Como recompensa, tendrás una. Por eso necesitas practicar. —¿Una recompensa? —los ojos de Antaria brillaron—. No voy a decir que no a algo así. —Sí. Tengo que volver a mi guarida a recoger el tesoro de un amigo. Él ha regresado, y se lo devolveré. Pero algunos objetos, por su naturaleza, solo puedo manejar yo—, así que vendré contigo y podrás escoger uno de allí. —¿Una cosa de tu guarida? —Antaria corrió a alcanzarlo, logrando solo porque él volaba a un ritmo muy lento—. ¿Cualquier cosa? —No dije cualquier cosa. No te permitiré escoger algo que frene tu crecimiento, ni tampoco algo demasiado peligroso. —¿Podría pedir una estatua gigante de oro? —preguntó Antaria—. Tengo varias y enormes de oro, incluyendo dos que me hicieron en mi forma, pero si desperdicio esta oportunidad con tonterías así, claramente sobreestimé tu inteligencia. —¡Ya lo dije, era una broma! No voy a escoger algo tan tonto. Hmm... —una arma... o, ¿qué tal una armadura? Necesito pensar en ello—. Es más, ¿tu guarida está en un volcán? —¿Eso es peligroso? —¿Moriré si voy allí?—. —Sí, pero usaré magia para asegurarte que no. —¿Vamos a visitar a los enanos? —preguntó Antaria—. Sería bueno ver cómo están. —Doomwing negó con la cabeza—. No. Podrían preguntarte por qué estás conmigo, y preferiría evitar esa charla. Los enanos... son mucho más propensos a enloquecer por objetos de valor que los humanos. —Buen punto.